**GESTIÓN CULTURAL**

**Mtro. José Antonio Mac Gregor**

**Abril 2010**

La interculturalidad implica procesos de construcción colectiva entre distintos, que se comprometen con *otros* con intereses comunes: cada uno es modificado y enriquecido por el otro, diferente, con el que se generan procesos de identificación ocasionalmente, o cada vez que se tenga necesidad y disposición al diálogo que nutre y permite el crecimiento de todos los involucrados; el gestor cultural juega un papel clave como creador de esos puentes de diálogo entre *otros* que se identifican en un *nosotros*, en la dinámica permanente de las identidades**.**

No existen humanos “incultos” sino con diferentes culturas; no hay culturas superiores e inferiores, sino distintas; no hay seres humanos sin identidad; puede haber crisis, tránsito, fortalecimiento o cambios en las identidades de un ser (individual o colectivo) pero nunca ausencia total.

La cultura puede constituirse en la base del desarrollo integral de una comunidad, en tanto sintetiza su memoria colectiva, sus formas de ser y de pensar y en la medida que se construye como un sentido de vida, que otorga significaciones diversas que cambian permanentemente a fin de dar viabilidad y vigencia a los pueblos en su lucha por una continuidad histórica coherente con su pasado y con un proyecto de futuro en el que siempre debe existir una buena dosis de utopía “creadora” que dé cabida a todos con una visión “integral”, holística, y “universal” para construir un mundo más humano y con mayor calidad de vida.

Lo anterior, es posible sólo mediante procesos de promoción cultural participativos, creativos, sistemáticos y ordenados en “proyectos comunitarios”.

Lo global, en la mayoría de los casos, se concreta en lo local y por ello, la mejor manera de vivir lo global, ineludible e irremediable, es fortaleciendo la práctica en lo local con una visión global de la economía, la educación, la política y, de manera estratégica, la cultura: forma de vida de un pueblo, historia, patrimonio, saberes, sentires, expresiones cotidianas y momentos festivos; la cultura que da orientación y significado al rumbo de un pueblo, que ofrece sentido de pertenencia a sus miembros; que brinda las condiciones para desarrollar aquellos procesos que permiten la búsqueda, experimentación y concreción de lo más sublime del espíritu: el lenguaje, el ritual y el arte. Reto, invención, aprendizaje, comunicación, reinvención permanente de uno mismo en un diálogo colectivo.

Entre los procesos de creación cultural y las comunidades; entre el patrimonio heredado y la población para quien fue creado; entre las posibilidades de gozar y disfrutar lo realmente valioso de un pueblo, lo que enorgullece y distingue a sus habitantes, lo que permanece en medio de estos tiempos tan vertiginosos que nos han tocado, sus historias, sus modos de hablar, de ser, de vivir, de pensar y de sentir; entre todo ello y la gente que no quiere vivir aislada, en el consumo pasivo e indolente de contenidos culturales impuestos, desarticuladores y causantes del individualismo más abyecto y deshumanizante, el promotor y el gestor cultural, desempeñan un papel clave como disparadores de procesos de participación comunitaria para la reconstitución del tejido social y la recuperación de la propia vida; porque recuperar la cultura de manera crítica y colectiva, es recuperar la riendas del destino.

La promoción cultural como una alternativa de desarrollo para un país; imbricada en complejos procesos económicos, políticos y sociales y que, desde su propia especificidad puede potenciar de manera extraordinaria las condiciones para la construcción del concepto “comunidad”; así como no hay promotor cultural sin proyecto, no hay proyecto sin comunidad...y no hay comunidad sin proyecto. Efectivamente, podrá haber ciudades, pueblos o regiones o conglomerados sociales sin proyecto, pero no comunidades, ya que este concepto no se refiere a un espacio geográfico sino a una construcción metodológica del “sujeto en praxis” a partir de una necesidad de crear, fortalecer, o acompañar procesos y dinámicas socio-culturales con un rumbo definido de manera colectiva y volitiva.

El milagro de la naturaleza humana que la lleva a la producción de símbolos con patente exclusiva entre todos los seres hasta ahora conocidos, tiene como desenlace la ordenación de éstos en sistemas simbólicos que no sólo ordenan la conducta colectiva para la convivencia y cohesión social creando condiciones para la comprensión, recreación y preservación cultural, sino que también son modelos, representaciones y orientaciones para la acción, para el cambio y la transformación social. Como práctica de dominación y subordinación o como práctica de movilización y liberación. Como concentración de poder hegemónico para administrar y organizar sentidos. Como participación colectiva, consciente o inconsciente, plural y diversa para la resistencia y la innovación cultural.

Gilberto Giménez señala: “el estudio de la cultura parecía ser un monopolio de la antropología. Pero en los ochentas y noventas el interés por la cultura se ha manifestado en la mayor parte de las disciplinas sociales (ciencias políticas, historia, sociología, estudios literarios, etc.), hasta el punto de que se ha llegado a hablar del “giro cultural” en las ciencias sociales... la cultura... se halla en la encrucijada de todas las disciplinas que se ocupan de la sociedad”.

la posibilidad de conflicto de interpretaciones es inherente a toda interpretación...la única manera de resolverlo es la discusión racional en un espacio de comunicación libre de presiones, donde la única fuerza reconocida y admitida sea la del mejor argumento.